

INTRODUCCIÓN

Héctor Francisco

IMHICIHU-CONICET

FFyL-Universidad de Buenos Aires

Los trabajos reunidos en este volumen abordan un aspecto central y al mismo tiempo problemático en los estudios relativos a las sociedades del Mediterráneo tardo-antiguo y Medieval, esto es, la Religión. Si hubiera un rasgo que el sentido común atribuye a las tres grandes tradiciones político-religiosas del período: la Ecclesia de la Cristiandad latina, la βασιλεία bizantina o la Ummah islámica, es su carácter primariamente religioso. En efecto, en todas ellas, la Religión ha sido entendida como el vector primario en la construcción de las relaciones sociales, a menudo por encima de la clase, la etnicidad o el parentesco. Los estudios clásicos al respecto han enfatizado este hecho señalando que la Religión permeaba todos los aspectos de la vida social, tanto materiales como ideológicos. (Stroumsa 2015; Baschet, 2009, pp. 176-78; Runciman 2004).

Pero esta definición un tanto lineal habilita cuestionamientos que nos obligan al menos a matizarla. Tal vez, el primero de ellos sea la pertinencia de la categoría misma de Religión. Cómo es bien conocido, la emergencia de la noción moderna de Religión fue el producto de las profundas transformaciones socio-culturales experimentadas por la Europa atlántica entre los siglos XVI y XVIII. A partir de la modernidad, la Religión fue entendida como una dimensión autónoma de la experiencia humana, anclada en la interioridad del individuo y distinguible de otras esferas como la economía y la política. Este desplazamiento semántico es claramente perceptible en la novedad del uso plural del término, Religiones, para definir distintas comunidades articuladas en torno a una misma creencia. Así, resulta casi una obviedad señalar que ninguna de las sociedades que se engloban en el mundo antiguo y medieval contó con una noción estrictamente equivalente para este moderno concepto de Religión. Podría plantearse el interrogante acerca de la operatividad del concepto mismo para dar cuenta de las sociedades premodernas o si, por el contrario, deberíamos buscar alternativas para no incurrir en un anacronismo al intentar proyectar nuestras propias experiencias en sociedades cuya manera de concebir su conexión con lo trascendente difería de la nuestra.

No obstante, la validez de este tipo de cuestionamientos, el concepto de Religión resulta no sólo operativo, sino también imprescindible para comprender la dinámica de las sociedades premodernas. En otras palabras, independientemente de las definiciones posibles la Religión fue el prisma por el cual los hombres del período comprendieron y describieron su mundo social y natural.

Son muchos los aspectos que pueden abordarse en los estudios del fenómeno religioso en el mundo antiguo y medieval. En este volumen se destacan dos de ellos. En primer lugar, la intersección entre religión y prácticas corporales, específicamente la manera en que la cristianización del mundo romano transformó las concepciones del cuerpo y las prácticas asociadas a él. Un primer caso se vincula a la reconfiguración de la noción misma de la muerte. Durante los siglos finales de la antigüedad emergió una nueva sensibilidad acerca de aquella que transformó el cuerpo en descomposición de un factor de contaminación que debía ser excluido del contacto con los vivos, a un vehículo de comunicación con lo divino (Samellas, 2002). Esta nueva sensibilidad se manifestó no sólo en el desarrollo del culto de los santos sino también en la difusión de la literatura escatológica de los más diversos orígenes (judía, cristiana, gnóstica), que puso a la vida ultra-terrena en un primerísimo plano. Al respecto, Mariano Splendido nos propone un aspecto particular de este fenómeno, esto es, el desarrollo de una concepción de la muerte y del mundo ultraterreno en la literatura cristiana primitiva estructurada en torno a la idea del sueño. El autor realiza un abordaje histórico-filológico para acercarnos a la comprensión de la muerte en el cristianismo de los primeros siglos. Así, Splendido hace un recorrido por la literatura clásica y cristiana para identificar los antecedentes a los que los padres de la Iglesia apelaron para pensar un tipo de muerte en especial, aquella de los que por sus virtudes se convertían en merecedores de la resurrección. A partir de la exégesis de 1Tes 4.13-18 los padres de los primeros tres siglos de la Iglesia desarrollaron una concepción de la muerte como sueño y de los héroes cristianos como “durmientes” a la espera de la resurrección.

Esta noción va a generar en los siglos siguientes toda una serie de interrogantes en torno a la capacidad del alma de los santos para interactuar con el mundo de los vivos y que llevará a no muy exitosas impugnaciones al culto en torno a sus reliquias. En concreto, se planteaba la pregunta filosófica sobre la consciencia después de la muerte ¿en qué medida el alma de los santos -privada de la capacidad sensorial asociada al cuerpo- es consciente de los asuntos humanos? (Constas, 2002).

Al mismo tiempo, se produjo una reconfiguración de la concepción del papel del cuerpo de los vivos y de las prácticas ascéticas. El auge del ideal ascético cristiano (elaborado a lo largo de los primeros tres siglos, pero cristalizado en el siglo IV con el movimiento monástico) se basaba en una nueva antropología cristiana. Pero el ideal ascético no se limitó al universo de los varones, sino que además habilitó una reconsideración del papel de la mujer (especialmente de la aristocracia) en la sociedad. Sin dejar de ser un movimiento religioso predominantemente patriarcal, el cristianismo ortodoxo generó un camino a la virtud cristiana habilitado a las mujeres que no se limitaba al ideal de esposa y madre.

Una de las figuras principales en esta formulación del camino femenino a la santidad fue Jerónimo de Estridón. El trabajo de Graciela Gómez Aso nos muestra la manera en que Jerónimo

construyó un ideal de comportamiento femenino dirigido a las hijas de las familias aristocráticas de Roma en el que primaba la ascesis y el estudio como parte de una “regla monástica” orientada a “una confirmación de su igualdad con el hombre y a una idéntica dignidad”. Para Jerónimo, las mujeres de la élite romana constituyeron una comunidad en la que se podía recrear la vida de los monjes del desierto en los seguros límites del hogar aristocrático. De la misma manera, las nobles damas encontraban una alternativa al modelo familiar y una legitimación que deriva de la tutela de su guía espiritual.

Las otras dos contribuciones que constituyen este volumen dan cuenta de un segundo problema nodal del estudio del fenómeno religioso en la antigüedad y la Edad Media, esto es, el problema de las relaciones inter-confesionales, la tolerancia y la intolerancia. La primacía de la Religión en la Edad Media tuvo sus cimientos en la tardo-antigüedad, momento de la imposición de un modelo social orientado a la unanimidad religiosa, en otras palabras, a la intolerancia (AthanasEstevez, 2010; Catlos, 2014). Dos de los trabajos contenidos en este volumen, los de María de la Paz Estevez y Natalia Jackubecki nos advierten acerca de los múltiples matices que deben señalarse a esta perspectiva.

El trabajo de María de la Paz Estevez se concentra en el estudio de la construcción identitaria de las comunidades mozárabes de al-Ándalus en relación tanto con la cristiandad de raíz franco-romana dominante en el norte, como con la autoridad islámica hegemónica en el sur. Como en el caso de los cristianos del levante, los cristianos de al-Ándalus estuvieron sujetos a un proceso (como señala la autora) de transculturación que implicaba la apropiación selectiva de elementos de la cultura dominante (en este caso particular, la adopción de la lengua árabe pero que también se extiende a la admisión de prácticas e ideas relacionadas a sus vecinos musulmanes). Estevez demuestra, a partir del preciso estudio de un amplio espectro de fuentes disponibles, cómo entre los siglos VIII y XI los cristianos mozárabes debieron enfrentar el desafío de permanecer dentro de su propia comunidad religiosa en un orden político-religioso caracterizado por la hegemonía del Islam. El Islam, salvo momentos muy específicos, no ejerció una presión activa para la conversión, pero ofrecía oportunidades de ascenso social a los conversos. Al menos hasta el siglo XI, los mozárabes en tanto una comunidad religiosa protegida por el derecho islámico (dhimmi), fueron “sujetos activos” que generaron variadas estrategias de adaptación a un escenario religioso-político que desafiaba el mantenimiento de la identidad comunitaria.

Por último, Natalia Jakubecki nos traslada a un contexto relativamente diferente. La autora rastrea en los diálogos del monje anglonormando Gilberto Crispino una nueva actitud ante la diversidad religiosa que se distingue de otras obras del mismo género en el mismo período. Aquí nos encontramos con un enfoque diferente pero complementario acerca del problema de la coexistencia de diversas comunidades religiosas. Ya no se trata de identificar ideas y prácticas adoptadas por una “comunidad” religiosa para adaptarse a la hegemonía de otra, sino de las represen-

taciones en las obras de un clérigo cristiano que utiliza un género literario específico (el diálogo) para dar cuenta acerca de la manera de interactuar con el “otro” religioso. Resulta significativo que en una época señalada como esencialmente intolerante como la Edad Media el diálogo haya sido uno de los géneros literarios más transitados. No obstante, muchos de estos diálogos no fueron más que “puestas en escena” diseñadas para dar un marco narrativo a la transmisión de verdades de fe. En ellos, el “otro” interlocutor (el hereje, el judío, el pagano) no era más que una caricatura que servía de disparador a la victoria del héroe de la contienda. Por el contrario, con el estudio formal de los diálogos de Gilberto Crispino, Jackubeki nos presenta un nuevo modo de disputa, más equilibrado y orientado a ver en el otro un interlocutor legítimo. Más allá de la ficcionalidad de dichos diálogos, la voz de los “otros” se presenta menos sesgadas y se puede percibir “una búsqueda conjunta de la fe” que dejaba intuir una sincera vocación por el diálogo interreligioso en el que Gilberto fue (en opinión de la autora) un pionero.

Para concluir, los trabajos aquí reunidos muestran la centralidad del fenómeno religioso para la comprensión de las sociedades mediterráneas premodernas y, al mismo tiempo, su complejidad.

Referencias

- Athanassiadi, Polymnia. 2010. *Vers la pensée unique: la montée de l'intolérance dans l'Antiquité tardive*. París: Les Belles Lettres.
- Baschet, Jérôme. 2009. *La civilización feudal*. México: FCE.
- Constas, Nicholas. 2002 “An apology for the cult of saints in late antiquity: Eustratius Presbyter of Constantinople, on the state of souls after death (CPG 7522).” *Journal of Early Christian Studies* 10.2: 267-285.
- Catlos, Brian. 2014 “Accursed, Superior Men: Ethno-Religious Minorities and Politics in the Medieval Mediterranean.” *Comparative Studies in Society and History*. 56: 844-869.
- Runciman, Steven. 2004. *The Byzantine Theocracy: The Weil Lectures, Cincinatti*: Cambridge University Press.
- Samellas, Antigone. 2002. *Death in the eastern Mediterranean (50-600 A.D.): the Christianization of the East : an interpretation*. Studien und Texte zu Antike und Christentum 12. Tübingen: Mohr Siebeck.
- Stroumsa, Guy. 2015. *The Making of the Abrahamic Religions in Late Antiquity*. Oxford: Oxford University Press.